

Memoria en Deuda

Un caso del investigador Lucas Messina

De la Serie: *Nouvelle Noire*

Jorge F. González

Gracias por tomarte el tiempo, para leer el inicio de esta novela.
Espero que la disfrutes tanto, como yo al escribirla.

Por favor, siéntete en la libertad de compartir este archivo.

O si prefieres compartir tu opinión, puedes dejar una reseña en Amazon.

Gracias.

Editorial
BLND Studio

www.blndstudio.mx

1

El encargo

El correo llegó un martes a las seis y veintiséis de la mañana. No tenía remitente que se pudiera identificar, sólo una dirección temporal alojada en un servidor, que desapareció unas horas después, según descubrí más tarde.

En ese momento, únicamente vi una frase: “Necesitamos hablar sobre una consultoría internacional, que está vendiendo identidades dentro de Brasil.”

Nada más, venía en una hoja simple, sin membrete, sin nombre, ni firma, ni teléfono. Sin amenazas, y sin promesas.

Cerré la pantalla, y me preparé un espresso doble... cortado, claro, por la hora.

Messina & Asociados ocupaba el décimo piso, de un discreto edificio, en Ciudad de México. Lo bastante profesional para inspirar confianza, lo bastante modesto, para no llamar demasiado la atención.

Nunca había sido un negocio grande, tampoco pretendía serlo. Prefería equipos pequeños, procedimientos claros y clientes capaces de entender, que una investigación seria, no consistía en perseguir sospechosos por callejones oscuros. Consistía en producir información que pudiera sostenerse frente a un juez, un consejo de administración, o un ministerio. La diferencia era enorme.

Sólo estaba yo en el despacho, creo que era la primera vez en llegar antes que Carmela Rossi, nuestra asistente administrativa y gestora. La ciudad apenas comenzaba a despertar detrás de los ventanales.

Abrí nuevamente el mensaje. Había un archivo adjunto que me pasó inadvertido la primera vez. No era un documento, era una invitación. Un salón privado en un hotel de la zona de Polanco, al final de la tarde, dos días después.

Normalmente, habría ignorado algo así. Los clientes legítimos, acostumbran llamar. Los problemáticos, envían correos anónimos, y los peligrosos, ambas cosas. Imprimí el mensaje y seguí trabajando.

Alrededor de las nueve, llegó María Caruso. Traía una carpeta bajo el brazo, y una expresión que anunciaba problemas administrativos.

—Tenemos una inconsistencia en unos registros mercantiles en Querétaro.

—Buenos días para ti también.

—Lucas, los buenos días desaparecieron, cuando empezaste a aceptar clientes que creen, que las actas constitutivas son opcionales.

Le señalé la cafetera. Dejó la carpeta sobre el escritorio, y mientras preparaba el café, observó la pantalla.

–¿Caso nuevo?

–Tal vez.

–¿Interesante?

–Aún no estoy seguro. Ha sido suficiente para despertar mi curiosidad, pero insuficiente para aceptar un trabajo.

–Entonces seguramente terminará siéndolo.

–Vamos a ver. Ya te estoy compartiendo la información.

–Lo reviso y platicamos. –Dijo al salir de mi sala.

María llevaba trabajando en el despacho desde su inicio, pero nos conocíamos desde la infancia. Entendía perfectamente la diferencia entre un asunto extraño y un asunto peligroso. No preguntó más, yo tampoco expliqué nada más. Volví a concentrarme en algunos asuntos pendientes.

Pero el correo de la mañana, simplemente no salía de mi cabeza. No por lo que decía, sino precisamente por lo que omitía. Las personas que quieren contratar detectives, suelen hablar demasiado. Como si necesitaran convencerte, explicarse a sí mismos, justificarse de alguna forma. Éste, era todo lo contrario.

Quien escribió aquel mensaje, parecía muy seguro en asumir que yo acudiría, lo que me resultaba extremadamente molesto. Pero dejando orgullos a un lado, decidí asistir a la reunión.

Volví de mis pensamientos, justo cuando escuché dos golpes suaves en la puerta.

–¿Tienes un minuto? –Preguntó María, asomándose apenas.

–Claro, pasa.

Entró con una carpeta y una tableta electrónica en las manos. Había aprendido hacía tiempo, que María no interrumpía por curiosidad. Cuando aparecía en mi oficina era porque algo requería una decisión. Y ésta, era la segunda vez que aparecía en la misma mañana.

–Acaba de llegar un paquete digital cifrado a la cuenta institucional.

Levanté la vista.

—¿De qué se trata?

—Me parece que está relacionado con el correo de esta mañana.

—Interesante.

María asintió con un movimiento de cabeza. Conectó la tableta a la pantalla de mi computadora, y esperó a que terminara el proceso de autenticación.

No era un sistema espectacular, de hecho creo que era deliberadamente aburrido. La seguridad auténtica rara vez parece sofisticada, sólo consiste en procedimientos repetidos hasta el cansancio. Finalmente, en la pantalla apareció un directorio con apenas cuatro archivos.

Ninguno llevaba logotipos gubernamentales, tampoco sellos oficiales. Sólo nombres técnicos: Carta de Presentación, Propuesta de Servicios, Anexo de Confidencialidad, e Información Financiera.

—Eso ya me está gustando más —Dije. —Que diferencia de la primera impresión, al recibir el correo esta mañana.

María sonrió apenas.

—Exactamente, a mí también me gusta el formato.

Abrió el primer documento. No era una carta firmada por un ministerio. Estaba emitida por una organización denominada Fundação Brasileira de Estudos Institucionais, una entidad privada sin fines de lucro, registrada en Brasil, y dedicada según su objeto social, al desarrollo de proyectos de integridad administrativa, cooperación jurídica internacional y fortalecimiento institucional.

Nada extraordinario, y precisamente por eso resultaba interesante.

Leí el encabezado completo dos veces. Registro mercantil. Número fiscal. Dirección fiscal en Brasília, y dirección operativa en São Paulo. Representante legal. Todo parecía perfectamente legal, todo estaba donde debía estar.

–¿Existe? –Pregunté.

María ya estaba un paso adelante.

–Ya lo estoy verificando con Antonio.

Mientras hablaba, abrió tres bases de datos distintas. La primera confirmó la inscripción mercantil. La segunda coincidía con el registro tributario. Y la tercera, mostraba que la fundación había celebrado varios convenios con universidades, organismos de transparencia y despachos jurídicos, a lo largo de varios años. Nada parecía improvisado.

–No es una empresa de papel. –Concluyó.

–¿Y eso significa...?

–Que alguien dedicó el tiempo suficiente, para construir una organización completamente creíble.

La frase quedó suspendida entre nosotros. Era exactamente el tipo de comentario que esperaba de María. No afirmaba que la fundación fuera sólo una fachada, pero tampoco descartaba esa posibilidad. Simplemente establecía un hecho: existía. Y existía desde hacía suficiente tiempo, como para resistir una revisión superficial.

Continuamos con la propuesta de servicios. El lenguaje era impecablemente jurídico. No hablaba de espionaje., ni hablaba de inteligencia, y tampoco hablaba de infiltración.

Solicitaba la contratación de Messina & Asociados, para realizar una investigación independiente, sobre las vulnerabilidades en mecanismos de reconstrucción de identidad administrativa, con impacto potencial en estructuras regulatorias nacionales y corporativas. Volví a leer la frase.

–Quien redactó esto, sabía exactamente lo que quería ocultar.

María levantó una ceja.

–¿O exactamente... lo que quería proteger?

No respondí. Ambas posibilidades eran compatibles.

El contrato establecía un plazo inicial de noventa días, Honorarios, las Cláusulas de Confidencialidad, las Obligaciones Recíprocas, y la Jurisdicción Arbitral, en caso de presentarse alguna controversia. Todo extraordinariamente normal. Tal vez, demasiado normal.

*"FBEI - Fundação Brasileira de Estudos Institucionais
Departamento de Consultoría Estratégica e Integridad
Pública
Brasília - São Paulo*

*Contrato de Prestação de Serviços Investigativos
Especializados*

Contratante: Fundação Brasileira de Estudos Institucionais

Representada por: Departamento Jurídico Internacional

Contratado: Messina & Associados Consultoria

*Objeto: Pesquisa independente sobre potenciais
vulnerabilidades em sistemas corporativos de gestão de
identidades administrativas, com possível impacto nas
estruturas regulatórias nacionais."*

Lo interesante resultó el lenguaje. No dice: "investigue un delito". En cambio, dice: "vulnerabilidades". Perfectamente institucional, perfectamente ambiguo.

Había aprendido que la falsedad más peligrosa, no era la que parecía falsa. Por el contrario, era la que parecía completamente normal.

La parte económica estaba clara. Era una suma generosa, pero sin llegar a ser extraordinaria. Suficiente para justificar el trabajo, pero más que insuficiente, para comprar mi silencio.

—¿Qué opinas?

María tardó unos segundos, antes de responder.

—Desde el punto de vista documental...

Se detuvo, sabía que elegiría las palabras con precisión.

—No encuentro inconsistencias.

—¿Y desde el punto de vista operativo?

Cerró la carpeta.

—Eso ya no me corresponde responderlo.

Sonreí. Esa era la respuesta correcta. Cada uno tenía una función dentro del despacho. La mía consistía en evaluar riesgos. La suya, verificar que los documentos soportaran legalmente cualquier decisión.

Entonces abrió el último archivo. Información Financiera. Allí estaba el anticipo, cuarenta por ciento de los honorarios ofrecidos, mediante transferencia internacional, programada para ejecutarse una vez firmado el contrato digital. Banco corresponsal, entidad receptora, y la referencia fiscal. Todo perfectamente documentado.

—¿Ya verificaste el banco?

—Hace diez minutos.

—¿Y?

—Existe. Opera normalmente, y no aparece en listas de observación. El origen de los fondos está declarado como recursos propios de la fundación.

Apoyé los codos sobre el escritorio.

No era habitual encontrar una operación preparada con ese nivel de detalle. Quien estaba detrás, entendía perfectamente cómo funcionaba un despacho profesional. No intentaba comprarme, intentaba contratarme. Y esa diferencia era importante, porque una contratación crea obligaciones, pero una compra, crea dependencias.

María guardó silencio unos instantes antes de hacer la única pregunta que realmente importaba.

—¿Quieres que prepare el dictamen de aceptación?

Miré nuevamente la pantalla. Después el contrato. Después la ciudad que se extendía detrás del ventanal.

Había aprendido, que las operaciones más peligrosas rara vez comenzaban con documentos falsos. Comenzaban con documentos impecables. Porque los papeles no mienten, sólo dicen exactamente aquello para lo que fueron redactados. Nada más, y nada menos.

Respiré hondo.

—Sí María, prepara el dictamen.

María asintió sin mostrar sorpresa. Y ya se dirigía hacia la puerta, cuando la detuve.

—María.

Se volvió.

—Una cosa más.

—Dime Lucas.

—Haz una búsqueda completa sobre la fundación, pero no sólo jurídica. Quiero saber quiénes integran el consejo. Quiénes fueron sus fundadores. Qué despachos la representan. Quién la audita. Y, sobre todo...

Esperé apenas un par de segundos.

—Quién decidió, que nosotros éramos el despacho adecuado para este trabajo.

María hizo una breve anotación.

—Lo tendrás antes de que salga el vuelo.

Cuando la puerta volvió a cerrarse, el despacho recuperó el silencio habitual. Sin embargo, la investigación había comenzado mucho antes de que pusiera un pie en Brasil.

Había comenzado exactamente donde empiezan casi todas las operaciones importantes. Sobre un escritorio, frente a un contrato

perfectamente redactado, y con una pregunta que todavía no tenía respuesta.

No era qué querían que investigara. Era quién había investigado primero, a Messina & Asociados.

El resto del día, seguí resolviendo varios asuntos pendientes. Dos verificaciones patrimoniales, un conflicto corporativo menor, una investigación interna en una empresa de logística. En general, trabajo normal, por momentos un poco aburrido, pero servía para cubrir los costos fijos.

La mañana siguiente, encontré a María esperándome antes de que terminara el primer café. No llevaba carpetas, llevaba una hoja, una sola. Eso significaba que había encontrado algo. Cuando una búsqueda terminaba sin resultados, María acostumbraba traer expedientes completos. Cuando encontraba una pieza importante, bastaba una página.

—Dormiste poco.

—Tú tampoco. —Negó con una sonrisa discreta.

—No todos los días un cliente internacional aparece con ese nivel de preparación.

Se sentó frente a mi escritorio sin esperar invitación. Era una costumbre que nunca intenté corregir. En un despacho pequeño, las formalidades excesivas terminan estorbando. Colocó la hoja sobre la mesa. No era un informe, era un esquema con cinco nombres, cinco despachos, y cinco ciudades: Lisboa, Ciudad de México, Santiago, Madrid, y Bogotá.

—¿Qué es esto?

—Lo que preguntaste anoche.

Observé nuevamente la hoja. Mi nombre aparecía al final de una lista. No al principio.

—¿De dónde salió?

María se acomodó lentamente los lentes.

–No encontré una respuesta directa, encontré algo mejor...

Guardé silencio. Con María eso significaba que debía dejarla terminar.

–La fundación contrató hace seis semanas, un estudio comparativo de capacidades investigativas para operaciones transfronterizas en América Latina y la Península Ibérica.

Levanté la vista.

–¿Un concurso?

–No exactamente, una evaluación.

La diferencia era importante. Los concursos buscan ofertas, mientras que las evaluaciones, buscan perfiles.

–¿Y aparecemos aquí?

–No solamente aparecemos, llegamos a la fase final.

Tomé la hoja. No había puntuaciones, sólo algunas observaciones.

Lisboa - Amplia cooperación europea. Escasa presencia en América Latina.

Santiago - Especialización financiera. Capacidad reducida para operaciones encubiertas.

Madrid - Excelente litigación internacional. Experiencia limitada en inteligencia.

Bogotá - Excelente trabajo operativo. Dependencia frecuente de organismos oficiales.

Finalmente llegué al último nombre: Messina & Asociados. Leí despacio.

México - Experiencia previa en inteligencia gubernamental. Operación privada independiente. Trabajo documentado en múltiples jurisdicciones. Capacidad de investigación corporativa. Sin vínculos permanentes con estructuras estatales brasileñas. Disponibilidad operativa inmediata.

Volví a leer la última línea: "Disponibilidad operativa inmediata". No era un elogio, desde luego, era una variable.

—¿Quién redactó esto?

María negó lentamente.

—No pude averiguarlo, pero sí sé... quién lo pagó.

Esperé.

—La fundación.

No respondí. La respuesta parecía cerrar una puerta, aunque, en realidad, abría otra.

—Entonces, todo esto significa, que alguien estudió durante semanas varios despachos, antes de hacer una llamada.

—Exactamente.

Me levanté para mirar por la ventana. Durante años, trabajé convencido de que la mayor parte de las contrataciones importantes, nacían de una recomendación. Por un conocido, un antiguo cliente, un favor. Pero aquello era distinto, alguien había construido una matriz de evaluación. Habían comparado capacidades, limitaciones, riesgos, costos. Obviamente, no estaban buscando al mejor investigador, buscaban al investigador adecuado para un problema específico. Y eso, cambiaba completamente mi manera de interpretar el encargo.

—Hay otra cosa.

La voz de María me hizo volver.

—¿Qué encontraste?

Abrió su tableta y giró la pantalla hacia mí. Era una copia parcial del estudio. Muchas líneas estaban ocultas, como acostumbrado por alguna agencia de inteligencia, cuando necesita proteger o restringir el acceso, a informaciones sensibles. Pero entre otras, había una línea que permanecía visible, que llamó mi atención en

particular: "Se recomienda priorizar candidatos sin dependencia económica o contractual, respecto del Estado brasileño."

Leí la frase dos veces, después una tercera.

—Eso significa...

—Que no querían a alguien local.

—Exacto, alguien que pudiera recibir instrucciones de un ministerio brasileño.

María no comentó nada más, no hacía falta. Los dos entendíamos las implicaciones. Un investigador local podía conocer demasiado. Un investigador extranjero podía ser sustituido, desmentido, o abandonado inclusive. El margen de negación era mucho mayor, y por lo tanto, mucho más conveniente.

Volví a sentarme lentamente.

—Entonces no me eligieron por ser mexicano.

—No.

—¿Ni por mi pasado en inteligencia?

—Tampoco.

La miré.

—¿Entonces?

María sostuvo mi mirada unos segundos.

—Porque reunías la combinación menos inconveniente, de todas las personas que evaluaron.

No pude evitar sonreír. Era probablemente, la definición más precisa que alguien había hecho de mi carrera profesional. No era excepcional, ni era indispensable. Era, simplemente... funcional. Y las instituciones valoran mucho más la funcionalidad que el heroísmo.

María comenzó a recoger sus papeles.

—¿Vas a aceptar?

No respondí inmediatamente. Miré nuevamente aquella lista. Cinco despachos. Cinco posibilidades. Cinco decisiones administrativas.

En algún lugar de Brasil, un grupo de personas que todavía no conocía, había dedicado semanas a estudiar quién debía investigar un sistema, del que apenas empezaba a escuchar hablar.

Eso significaba dos cosas: La primera era evidente, el asunto era mucho más importante de lo que habían admitido. La segunda, tardé bastante más tiempo en comprenderla.

Si ellos habían investigado mi pasado con ese nivel de detalle... era razonable asumir, que alguien también estudiaría cuidadosamente todo lo que hiciera a partir de ese momento.

Acepté el viaje una hora después. No porque el contrato fuera convincente, ni porque el anticipo llegara puntualmente. Lo acepté porque comprendí que alguien había invertido demasiado tiempo en elegirme. Y cuando una institución dedica tantos recursos a seleccionar a una persona, casi nunca está comprando únicamente su trabajo. También está evaluando, hasta dónde puede predecir sus decisiones.

Llegué diez minutos antes de la hora marcada. Ya me esperaban. El salón privado, se encontraba en el segundo nivel del hotel, en una especie de *mezzanine*. Uno de los empleados de recepción, me condujo sin decir palabra. Al abrir la puerta, encontré únicamente a dos hombres. Uno rondaba los sesenta años, tarje gris, postura de diplomático. El otro, más joven, de unos... cuarenta y tantos, difícil precisar, cabello corto, pero no necesariamente de tipo militar, con mirada excesivamente atenta, sin llegar a resultar invasiva.

No parecían empresarios, tampoco policías, funcionarios públicos de algún tipo, eso casi seguro. Pero había algo en ellos, que reconocí de inmediato. Gente acostumbrada a ocultar su verdadera ocupación.

—Señor Messina. —El hombre mayor se puso de pie, ofreciéndome la mano.

–Lucas, por favor.

–Muchas gracias por venir. –Dijo en un perfecto español, aunque no podía evitar su acento paulista.

–Pero no prometí quedarme.

–Eso me parece razonable. –Dijo, sonriendo ligeramente, y señalando la tercera silla frente a la mesa.

Tomé asiento. No había comida, ni bebidas. Sólo una carpeta negra. La reunión comenzó de inmediato, sin mayores preámbulos, lo que resultaba inusual, pero afortunado.

–Representamos intereses gubernamentales brasileños.

–Claro, me imagino, a través de la “Fundação Brasileira de Estudos Institucionais”.

–Precisamente.

No especificó cuáles intereses en lo particular, y no tenía sentido preguntar. Si quería ocultarlo, insistir demasiado sólo haría que mintiera mejor.

–Bien, a sus órdenes.

El hombre abrió la carpeta. Contenía algunas fotografías, organigramas, registros corporativos y unos informes financieros. Nada parecía fuera de lo normal, nada relevante. Hasta que vi el nombre, repetirse una y otra vez. La misma empresa, la misma Consultora, la misma estructura.

–¿Qué es lo que hacen, específicamente?

–Eso es precisamente lo que necesitamos saber.

Deslizó una fotografía hacia mí. Un edificio corporativo en São Paulo, nada extraordinario.

–No me contratarían para investigar una empresa común.

–No, desde luego que no.

–Entonces... díganme qué es lo que sospechan

Por primera vez, ambos intercambiaron una mirada. Breve, calculada, ensayada tal vez. Después, fue el joven quien respondió.

–Creemos que están reconstruyendo identidades.

Guardé silencio. Él continuó después de un par de segundos.

–Ejecutivos, directivos, especialistas estratégicos, personas con accesos sensibles.

–Me imagino que no será con documentación falsa.

–No exactamente.

–Entonces.

–Eso es parte del problema.

Apoyé ambas manos sobre la mesa, ahora sí estaban captando mi atención. El hombre mayor habló con voz tranquila.

–No parece existir falsificación en el sentido tradicional. No encontramos pasaportes fraudulentos, ni registros clonados, tampoco certificados alterados. –Dijo, haciendo una pausa.

–Pero...

–Pero las personas emergen con biografías totalmente nuevas, extraordinariamente difíciles de cuestionar.

Aquello ya no sonaba a fraude convencional. Sonaba a algo peor, o por lo menos, más sofisticado.

–¿Y qué es lo que esperan de mí?

–Que viaje a Brasil. Que identifique cómo opera la estructura. Que descubra quiénes son sus clientes, y que determine el alcance real del sistema.

La respuesta llegó demasiado rápido, demasiado preparada. Tomé nota mental de ello. El hombre cerró la carpeta.

–Necesitamos una mirada externa. Contamos con sus años de experiencia en la sección de inteligencia, del Departamento de Seguridad Nacional. En especial... aquel par de años que dedicó en la operación encubierta en Brasil, precisamente. –Dijo, dando un especial énfasis a la última frase.

–Sí, seguro.

Claro, ya me imaginaba que eso también había influido en su valoración. Además de ser una explicación elegante, para algo que claramente no me estaban diciendo en su totalidad.

—¿Y quién será mi contacto durante la operación?

—Flavia Roquette será su enlace, aquí están sus datos completos.

La reunión continuó casi una hora más, y cuando terminó, tomé la carpeta con todas las informaciones, incluyendo los datos del contacto.

Cuando salí del hotel, tenía una asignación, acceso a determinados contactos estratégicos y de seguridad, algunas fuentes de contexto, y la sensación, de que algo no encajaba del todo. Y cuando una operación gubernamental, empieza con demasiadas omisiones, normalmente el problema no es lo que te muestran, es aquello que decidieron deliberadamente esconder.

A la mañana siguiente, compartí toda la documentación con María y Antonio para su revisión y análisis, esperando no encontrar alguna sorpresa. Un par de horas más tarde, nos reunimos para evaluar los resultados.

—Ya terminé de verificar los datos de la FBI. —Mencionó Antonio.

—¿Y qué encontraste?

—Estamos hablando de una organización de consultoría jurídica, que funciona como vehículo administrativo de enlace, entre diferentes dependencias del gobierno brasileño y empresas privadas tercerizadas, tal como lo es en nuestro caso.

—Entonces no es sólo una fachada. Sí es una entidad jurídicamente válida, aún siendo una intermediaria.

—Sí Lucas, es un modelo muy usado en diferentes países. —Añadió María. —Es un tipo de estructura perfectamente reconocida, en el mundo institucional.

—Entonces, resumiendo... ¿estamos bien?

—Mmm...

—¿Qué pasa María, qué sucede?

—No sé cómo explicar... pero tengo una sensación extraña.

–Inténtalo.

–Entre las funciones de una empresa con este perfil, está el contratar servicios externos...

–De acuerdo, de ahí nuestra presencia... ¿y?

–También el administrar fondos, proteger identidades, evitar la exposición directa del Estado, pero adicionalmente, debe estar diseñada para preservar negación plausible.

–¿Pero cuál es tu preocupación específica?

–No es algo concreto que pueda establecer en este momento, es sólo que... siento que aquí hay gato encerrado.

–Bueno... esperemos que tu corazonada no se convierta en una realidad.

Había aceptado el Caso. Y no había sido una decisión impulsiva, revisamos cada detalle contenido en las informaciones electrónicas y en la carpeta que me habían entregado.

En cuanto a la empresa a ser investigada, igualmente revisamos el máximo de informaciones posible: filiales, sociedades de inversión, despachos jurídicos, *holdings* industriales y firmas de recursos humanos.

Lo suficiente como para detectar patrones, pero no lo suficiente para entender completamente lo que estaba ocurriendo.

La Consultora aparecía siempre cerca del problema, pero nunca dentro de él. Una huelga evitada. Una disputa accionaria resuelta antes de hacerse pública. La salida silenciosa de un director financiero bajo investigación. La llegada inesperada de un ejecutivo que parecía conocer una empresa, mejor que quienes llevaban años trabajando en ella.

No encontramos delitos evidentes, lo que encontramos fue eficiencia, y eso resultaba mucho más inquietante. La mayoría de los fraudes, dejan rastros, porque quienes los cometen, son ambiciosos o incompetentes. Los sistemas realmente peligrosos suelen ser discretos, funcionan, por eso sobreviven.

A la mañana siguiente, convoqué a una reunión en el despacho. A las nueve en punto, todos estábamos presentes. María ocupaba el extremo derecho de la mesa, como acostumbrado. Daniel Mardones había llegado cinco minutos antes, como siempre. No sólo por puntualidad, sino porque desconfiaba de cualquier reunión donde él no pudiera observar primero el entorno. Antonio Giordano apareció exactamente a las nueve. Entró con una mochila desgastada, una computadora portátil, y un café que parecía más grande de lo humanamente recomendable. Carmela cerró la puerta detrás de él, y tomó asiento junto a la pared, con una libreta abierta.

Carlo Ferrante que completaba el equipo, no participaría de la reunión por estar de vacaciones, cuarenta días. Suficientes para liberar el estrés acumulado, después de haber sido secuestrado junto con Daniel, durante las investigaciones en su último Caso. Daniel, teniendo la piel más gruesa, prefirió tomar un descanso hasta finales del año.

No era la primera vez que trabajábamos para clientes vinculados a gobiernos, pero sí la primera vez que el encargo llegaba con tantas zonas grises desde el principio. Extendí sobre la mesa, copias de algunos documentos.

—Brasil. —Dijo Antonio, levantando una ceja. —Eso explica por qué me hiciste cancelar el fin de semana.

—No exageres, que todavía no lo has cancelado.

—Pero bueno... emocionalmente ya lo hice.

Daniel tomó uno de los informes, y lo leyó en silencio durante varios segundos.

—¿Qué buscan exactamente?

—Una Consultora.

—¿Qué hace esta Consultora?

—Según el cliente, reconstruye identidades.

Antonio dejó su café sobre la mesa.

–Pará che... ¿reconstruye identidades, cómo? ¿Hackeando bases de datos?

–No lo sabemos.

–¿Documentos falsos?

–Tampoco sabemos eso.

–Entonces estamos investigando algo que todavía no sabemos qué es.

–Exactamente.

–Anda... qué lindo, mi especialidad.

María ignoró sus típicos comentarios porteños. Como buena analista legal, estaba revisando la documentación contractual.

–La estructura jurídica es extraña.

–¿Extraña cómo?

–No contratan directamente, utilizan dos intermediarios distintos. Uno diplomático, y otro corporativo.

–¿Hay algún problema con eso?

–No necesariamente, pero significa que alguien quiere mantener distancia.

Daniel asintió con un movimiento de cabeza.

–Eso sí es un problema.

Nadie discutió, porque todos estábamos pensando lo mismo. Las organizaciones legítimas, suelen proteger la información. Las organizaciones preocupadas por futuras responsabilidades, suelen protegerse a sí mismas. Y existe una diferencia importante entre ambas cosas.

Durante las siguientes dos horas, dividimos las tareas. María permanecería en México, supervisando los análisis documentales. Carmela coordinaría logística, viajes, pagos, y las comunicaciones administrativas. Daniel se incorporaría más adelante, si la operación exigía vigilancia física prolongada. Antonio trabajaría desde Ciudad de México sobre infraestructura digital, registros corporativos y comunicaciones. Yo viajaría a Brasil, solo, por ahora.

Cuando terminamos, el despacho volvió gradualmente a sus actividades habituales, pero la sensación ya era distinta. El Caso había dejado de ser sólo una curiosidad, para convertirse en una operación. Y las operaciones tienen una forma particular de alterar la rutina. Empiezan ocupando espacio en el calendario, y terminan ocupando espacio en la cabeza.

Esa misma tarde, recibí un nuevo mensaje. Esta vez, no venía de una cuenta temporal. Era una dirección institucional, vinculada a un despacho jurídico internacional.

Adjuntaba los boletos de aviones, las reservas del hotel, documentación de acceso, así como una agenda preliminar y un expediente completo del Caso.

São Paulo, siete días iniciales, con posible extensión. Nada más. Sin instrucciones, ni advertencias, ni recomendaciones de seguridad. Como si asumieran que además de hablar portugués, ya sabía moverme en este tipo de ambientes, y quizás tenían razón. Tal vez, era otra de las razones, por las que me habían elegido.

Durante todo el día estuve con una sensación extraña, previa al viaje esa misma noche. No por nervios, ya que los nervios desaparecen después de suficientes años trabajando en inteligencia y seguridad.

Lo que permanece es otra cosa, una especie de cálculo permanente. La revisión mental de escenarios, posibles errores, variables desconocidas. Personas que aún no conoces, pero que podrían alterar el curso completo de una investigación.

Llegué al aeropuerto con el suficiente tiempo para observar. Siempre lo hago, una costumbre difícil de abandonar, tal vez imposible de erradicar.

Nadie parecía interesado en mí, nadie parecía seguirme, nadie parecía demasiado atento. Lo cual no demostraba absolutamente nada, desde luego. Las verdaderas vigilancias rara vez se hacen visibles.

Mientras esperaba por el abordaje, recibí una llamada. María.

—¿Problemas?

—Todavía no.

—Eso no responde la pregunta.

Escuché el ruido de papeles al otro lado de la línea. Probablemente seguía trabajando.

—Sólo quería confirmar que hubieras recibido la documentación adicional.

—Sí, gracias.

—Hay algo más...

Esperé. María rara vez agregaba comentarios personales a una conversación profesional.

—No me gusta la estructura del contrato.

—Ya me lo habías dicho.

—No. Te dije que era extraña, pero ahora te digo que no me gusta.

—¿Por qué?

Hizo una pausa antes de responder.

—Porque parece diseñada para proteger a alguien que todavía no conocemos.

—María, eso describe aproximadamente la mitad de los contratos celebrados en el mundo. —Dije con una pequeña sonrisa.

—Y que casi siempre terminan mal.

—Para mí, lo extraño en el contrato es la cláusula rara sobre las hipótesis previas.

—Claro, también eso es de llamar la atención: "El objeto del contrato no consiste en confirmar una hipótesis previamente formulada, sino en determinar si dicha hipótesis, merece continuar existiendo."

—Definitivamente una frase muy poco habitual en un contrato de consultoría, por no decir, nunca antes vista.

—¿Tú habías visto algo parecido antes?

—Nunca.

—Yo tampoco... creo que fue otra de las razones que me animaron a tomar el Caso.

Al menos en apariencia, el cliente estaba dispuesto a que un investigador independiente, destruyera o ignorara por completo, su propia hipótesis.

La llamada acabó unos momentos después, y guardé el teléfono. Observé los ventanales del aeropuerto. Las pistas, los vehículos de servicio, las luces lejanas. Y pensé en algo que no había mencionado al equipo. Durante mis revisiones preliminares, encontré una anomalía menor, tan pequeña, que bien podría no significar absolutamente nada. La Consultora investigada, aparecía vinculada a una serie de ejecutivos, cuyos antecedentes parecían perfectamente consistentes, tal vez demasiado consistentes.

La biografías humanas reales contienen grietas, errores, cambios de dirección, malas decisiones, vacíos, incoherencias, pero estas no, ninguna de ellas. Sus trayectorias profesionales parecían diseñadas por alguien obsesionado con la lógica. Y todos sabemos, que la vida rara vez funciona así.

Comenzó el abordaje. Tomé mi equipaje de mano y avancé junto al resto de los pasajeros, cuando mi grupo fue llamado. Unos pasos más cerca de Brasil. Unos pasos más cerca de una organización que todavía no comprendía. Y unos pasos más cerca también, de la verdadera pregunta que nadie parecía dispuesto a formular.

Si aquellas identidades eran falsas, el Caso sería relativamente sencillo. Pero si eran auténticas... entonces el problema era mucho más grande, de lo que cualquiera estaba dispuesto a admitir.

Las puertas del avión fueron cerradas y menos de una hora después, dejaría México. Pero la investigación había comenzado mucho antes del despegue.

Y algo me decía que, cuando finalmente entendiera cómo funcionaba aquel sistema, la cuestión ya no sería si debía detenerlo. La cuestión sería quién estaba esperando quedarse con él.

Los vuelos nocturnos tienen una cualidad extraña: suspenden la sensación del paso del tiempo. Uno abandona una ciudad cuando pertenece al día anterior, y llega a otra, cuando el mundo ya ha avanzado varias horas sin pedir permiso, y eso considerando que la diferencia horaria en esta época del año, es de sólo tres horas entre São Paulo y la Ciudad de México.

El avión despegó poco después de la diez de la noche. Desde mi asiento, por fortuna, en clase ejecutiva, observé las últimas luces de la ciudad desaparecer bajo una capa de nubes. No era la primera vez que viajaba a Brasil por trabajo. Pero había algo distinto en esta ocasión. No en el destino, en la forma.

Los viajes ordinarios tienen una lógica evidente: una reunión, una fecha, un objetivo. ¿Éste? No estaba tan seguro. Cuando alguien organiza cada detalle de tu llegada, normalmente hay dos posibilidades: o te están esperando, o te están controlando. La diferencia suele revelarse demasiado tarde.

Cerré la pantalla del asiento, y dejé el teléfono en modo avión. Había aprendido que las horas de vuelo, eran uno de los pocos momentos, donde la gente todavía podía realmente desaparecer temporalmente. No porque estuviera fuera del alcance de la tecnología, sino porque todos aceptaban esa pequeña suspensión temporal de la realidad. Durante algunas horas, nadie esperaba respuestas, y eso, en mi profesión, era casi un lujo.

Intenté dormir, aunque el sueño en un avión, siempre es como una negociación incompleta. El cuerpo permanece alerta, porque sabe que no está en su territorio. La mente tampoco descansa del todo. Reorganiza conversaciones, repasa nombres, y reconstruye escenas que todavía no han ocurrido.

Antes de cerrar los ojos, revisé por última vez, la información que llevaba conmigo. São Paulo, un hotel, un contacto local, pocos días, nada más. La ausencia de información, al final, también comunica.

Cuando el avión comenzó el descenso, llevaba horas revisando documentos. No porque los necesitara, sino porque quería llegar con la cabeza ocupada. La experiencia me había enseñado algo simple: los errores más costosos suelen ocurrir durante las primeras cuarenta y ocho horas de una investigación. Aún no comprendemos el entorno, aunque creemos hacerlo, asumimos riesgos innecesarios, y eso puede tener consecuencias terribles.

Llegué a São Paulo ya con la luz de la mañana filtrándose por las ventanillas. La ciudad apareció debajo, como una extensión interminable de edificios, avenidas y estructuras superpuestas. São Paulo no tiene la elegancia de una ciudad que busca impresionar. Su fuerza está en otra parte: en la escala, en la acumulación, en la capacidad de absorber millones de historias, sin registrar ninguna.

Incluso desde el aire, la ciudad parecía interminable. Autopistas, bloques de edificios, zonas industriales, torres corporativas. Una maquinaria urbana que nunca terminaba por detenerse.

Ya había trabajado antes en Brasil, no muchas veces, pero las suficientes para saber que São Paulo no se parecía a ninguna otra ciudad de América Latina. Una ciudad que siempre trabaja, y por eso resulta tan poderosa.

El aeropuerto de Guarulhos estaba funcionando a pleno ritmo. Ejecutivos con pequeñas maletas, pasajeros agotados, empleados siguiendo procedimientos repetidos miles de veces. Todo aeropuerto internacional es un teatro de identidades provisionales, donde nadie pertenece completamente al lugar, y São Paulo no es la excepción.

El trámite migratorio fue rápido, demasiado rápido para los estándares habituales. Uno de los beneficios invisibles de trabajar para determinados clientes, es que ciertos obstáculos desaparecen sin necesidad de explicaciones. No me gustaba, pero tampoco era tan ingenuo como para rechazarlo. Recogí mi equipaje sin prisa y atravesé la terminal hacia la salida.

La persona que debía encontrarme, no llevaba mi nombre escrito. Tampoco necesitaba hacerlo. Los encuentros discretos suelen depender menos de señales visibles, y más de pequeñas confirmaciones. La manera de mirar, el momento exacto en que alguien deja de fingir que espera a otra persona.

Un hombre de unos cincuenta años, se me acercó cuando salí del área pública.

—*Senhor Messina?*

—Sí.

—Me enviaron para escoltarlo a su hotel.

—Perfecto, vamos.

No pregunté quién lo había enviado, todavía no. El chofer y otro acompañante de seguridad ya nos esperaban en una SUV.

Interesante, si la intención era solamente impresionarme, no sólo asustarme, con ese nivel de seguridad, no lo podrían haber hecho mejor.

Durante el trayecto. observé São Paulo desde la ventanilla. El tráfico comenzaba a densificarse, pero el conductor parecía conocer cada movimiento de la ciudad. No conducía agresivamente, simplemente anticipaba, digamos así. Después de varios minutos, le hablé.

—¿Trabaja usted para ellos desde hace mucho tiempo? —Pregunté.

Miró brevemente por el espejo.

—El tiempo suficiente, para saber cuándo no hacer preguntas.

No sonrió al decirlo, lo que lo hacía más convincente. Finalmente, llegamos al hotel sin mayores contratiempos.